



MARCA
REGISTRADA

SUMARIO

- VICENTE VEGA
Sección vermouth.
- MIGUEL ANGEL CALVO
Rima.
- ANACARSIS
Un adulterio en provincias.
- LUIS SANZ FERRER
Cantares baturros.
- J. PÉREZ CARRASCO
Escena prehistórica.
- PABLO y VÍCTOR MARGUERITTE
La cita.
- LUIS ESTESO
Chascarrillos y epigramas.
- DIEGO SAN JOSÉ
Los caballos de doña Sol.
- ABELARDO DELGADO
De ayer.
- SALVADOR VALVERDE
Responso á «Fornarina»
- PACO MATEOS, TINO, RINCÓN y BÉTICA
Varios dibujos y retrato de Emilia Benito.



EMILIA BENITO

Tres voces distintas y una garganta verdadera, ó, por mejor decir, una verdadera garganta. Su «début» en el Retiro fué uno de los más ruidosos, y es natural; ¡estaba en el 21... ¡Caballeros: aquí hay una gran artista!

5 céntimos

SECCION VERMOUTH

Moral y Gramática.

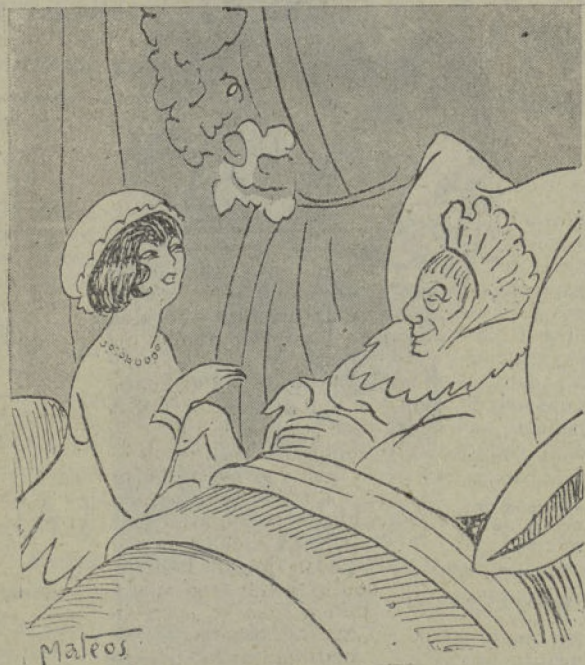
A HORA van calentitas!... ¿Las castañas? No: éstas esperan, para hacer su primera salida, á que aparezca por los escenarios el *gallardo y calavera* burlador sevillano. ¿Las mujeres, entonces? Tampoco. ¿Qué duda cabe que estarán calientes las requetearchimonísimas hijas de Eva! Pero eso

por sabido se calla, pues con la calor que está haciendo... Al decir que «van calentitas», no me refiero ni á las castañas ni á las mujeres, sino á las noticias. ¿Noticias calientes?, preguntaréis. Sí, señor; no siempre van á ser noticias frescas, y en Verano mucho menos. Noticias, ó, mejor dicho, una noticia que, ¡asombraos, lectores!, no dice nada del avance alemán, ni de la resistencia francesa, ni de

la toma de Varsovia... Y á propósito de la capital de Polonia: ¿Cuál es el colmo de un germanófilo? Pues emborracharse con cerveza alemana, brindando por el Kaiser en *Bar-Sovia*. No diréis... Este *chistecito* (¿...?) es de los que llevan á la Comisaría...

Bueno: á lo que íbamos; porque yo creo que por este camino de los chistes no vamos á ningún sitio, ó, á lo más, á ese: al sitio, á quedarnos en el sitio, del golpe que nos atice algún lector sensato. Pues acía yo... ¿Qué decía yo?... ¡Ah, sí! Que tenía que comunicaros una noticia. Veréis: «Su Majestad el Rey (q. D. g. m. a.) se ha dignado nombrar gobernador civil de... á D... (Sustituíd los puntos suspensivos con el nombre de una capital andaluza y el nombre y apellidos de un probo funcionario público, y tendréis reconstituído un párrafo de la *Gaceta* del día... El día no hace al caso). El caso es que á ese honrado monstruo oficinesco se le confirió, en premio de sus vastos servicios al Estado, el cargo de gobernador civil de una capital del Mediterráneo.

ES PEOR EL REMEDIO...



—Mira, mamá: si quieres, Jaime y yo pasaremos la noche en vela.

—No, hijita, no; porque, entonces, la que va á pasar la noche en vela soy yo.

Y fué á tomar posesión del cargo el referido funcionario público, que une á sus inmejorables dotes para gobernante de una provincia de segundo orden un acendrado amor, por ende, extremado respeto á la Gramáyca castellana. Fué, y se encontró aquella capital sumida en la más espantosa y asquerosa inmoralidad. Pero ¿qué hacen esos señores de Madrid, que no ponen coto á semejante perversión? ¿Para cuándo se guardan las levas, la Guardia Civil, los masculinos cinturones de castidad? Todo esto y otras muchas cosas más que me callo *pudore et gratia* se preguntaba el señor gobernador, al mismo tiempo que juraba acabar con aquella plaga. ¡Y que llovían las denuncias! Hoy, era un honrado industrial que protestaba de los desafueros de un barbilampión; otro día, los guardias detuvieron en cierto umbrorincón de la Alameda cuatro ó cinco jovenzuelos que, según manifestaron en su declaración, se habían reunido allí con la inocente intención de dar un susto á un amigo. «¡Ya les daré yo á ellos!», exclamó, iracundo, el señor gobernador; y los impúberes se estremecieron... ¡vaya usted á saber por qué!

Harto de las rechiflas de los periódicos y de las *chufas* de sus amigos de la Corte, D..... decidió acabar de una vez.

—Veamos—exclamó, dirigiéndose al jefe de la Policía—. Mañana, usted, con todos sus subordinados, forme en el patio del Gobierno. Tengo que darles órdenes muy precisas.

Y así fué. El señor gobernador habló alto y claro, prometiendo recompensas, anunciando terribles castigos é interesando á todos en lo que él llamaba labor de *limpieza pública*. Los sabuesos salieron de estampía, y no tardaron en coger buena redada.

—Señor gobernador—le anunció un ordenanza—: el jefe de la Policía.

—Voy al momento.

¡Al fin! Ahora iban á ver aquellos degenerados cómo las gastaba un gobernador que sabe serlo.

—¡Que los traigan á mi despacho!

Entraron: eran siete ú ocho, bien vestidos, y en sus rostros se reflejaban las indelebres señales del vicio. Uno de ellos, el más atrevido de la pandilla, avanzó algunos pasos, y encarándose con el gobernador, le dijo con voz atiplada:

—Zeñó gobernadó: nozotro zemos...

—¡Somos!—rugió el gobernador, indignado ante aquel rudo ataque á la Gramática.

—¡Ah! ¿Pero uzía también...?

VICENTE VEGA.

CHIQUILLADAS



—¡Uy, la chacha, qué gordita se nos está poniendo!...

= R I M A =

No me pidáis que olvide;
pedidme que detenga el corazón,
que el alma arroje como cosa inútil,
pero que olvide, no.

«Ella», en amargas horas,
con sus besos mis lágrimas secó;
en sus tiernas palabras el consuelo
hallé de mi afición:

amante y generosa
compartía mi gozo y mi dolor...
Podrán quererme mucho otras mujeres,
pero como «ella», no.

De dicha me colmaba
en los dulces transportes de su amor;
mil veces en sus labios y en sus ojos
bebí la inspiración.

¿Que fué su amor impuro?
¿Que nos trajo desgracias á los dos?
La culpa se perdona; el mal se olvida,
pero la dicha no.

Pedid que no la nombre,
que oculte á vuestros ojos mi pasión,
que nunca más la estreche entre mis
que no escuche su voz; [brazos,
pedidme, si es preciso,

que arranque de mi pecho el corazón,
que el alma arranque como cosa inútil:
¡pero que olvide, no!

MIGUEL ANGEL CALVO.

Un adulterio en provincias

Es una iglesia provinciana, de una de esas provincias tan miserables, que sólo por paradoja existen. Fuera, no luce el Sol; pero hay una atmósfera sofocante, caliginosa, pesada, que cae sobre los individuos, ahogándolos. Vaho de fuego despiden la tierra, reseca; electricidad envían las nubes cenicientas, que cubren el azul del cielo. Tiene el ambiente una tristeza honda, infinita, de cementerio. Se siente un ahogo en el alma y en el cuerpo. Por un ventanal de la iglesia se ve el paso rápido del resplandor lúcido de un relámpago.

Las mujeres, como no tienen otra cosa que hacer, elevan sus ojos á la divinidad; pero aquellos ojos que se disfrazan de misticismo tienen unos círculos morados que los orlan. Es el erotismo que salta por cima de la vida de quietud provinciana, y ansía los choques de la pasión. Si paráis vuestra vista sobre estas mujeres, sus ojos dejarán

de mirar las toscas imágenes que duermen un sueño de siglos en aquellos altares sombríos y húmedos, y os devorarán á vosotros, que les lleváis la vida en la mirada...

En el centro de la iglesia, oye la misa un matrimonio. Él tiene el aspecto cansino, bonachón, del que trabaja en una oficina, desprovisto de ideales, y ve su vida siempre igual, como un surco. Ella... lleva un sombrero negro, de anchas alas. Por bajo de él, á veces, se ven sus ojos oscuros, fulgurantes. Nada tan bello como estos ojos, que son vida, en medio de aquella cálida desolación. Pláceme saber hasta dónde han de llegar estos ojos en sus anhelos...

Ya el espíritu de esta bella provinciana no estaba en la iglesia, que vagaba por los campos del pecado en donde brotan flores rojas, que deslumbran. Y tan atrayentes debieron parecerle, cansada del tono gris del jardín de su vivir, que, al terminar la misa y pasar por mi lado, me envolvió en una mirada febril, ardiente, que constituía una petición y una promesa...

HIDROPESÍA



- ¿Cómo no va á echar barriga el señor Juan bebiendo tanta agua?
- Eso, no, porque su hija no la prueba, y tiene el mismo defecto.
- Fues si lo tiene, no te quepa duda de que la ha probado.

Otro día la vi en una de esas callejas, sin empedrar y tortuosas, que constituyen el núcleo de estas capitales, en donde sólo existe una rúa urbanizada, con adoquinado y aceras, por donde pasea la gente, ávida de verse, cuando se saben de memoria, por ser siempre, desde la niñez hasta la senectud, los mismos.

Me acerqué á ella. Temblaba de emoción. En aquella pequeña sociedad, dirígida por curas, lo que estaba realizando era una de las escenas de esas novelas que merecían la excomunión. Su voz vibraba, y tenía un encanto extraño. Miraba á un lado y á otro con extremado recelo, porque bien sabía que todos aquellos huecos de las casas, que parecían ciegos, podrían ser otras tantas gacéfillas delatorias...

—¿Cuándo? Dígame hora para hablarnos. Quiero llevar á tu alma un rayo de luz y de vida. En estas capitales, en donde todo es viejo, muere la belleza poco á poco, sin que nadie la admire y la quiera, como se desmoronan las murallas y los caserones. El tiempo es vuestro señor...

—Mañana, á las diez. En el puente, sobre el río.

Dejó que se alejara. Su figura resaltaba en el negror de la calleja, como una camelia en la solapa del frac. Y ahora venía lo difícil.

¿Cómo ocultar nuestros pasos, sin que fueran adivinados por nadie? En una provincia de esta clase, no existen alamedas solitarias, ni amables refugios. Todo está formado en contra del

amor. Las mujeres se casan como y cuando pueden, y en su pecho siempre hierve la fiebre que crea su mismo espíritu, andariego y sentimental. Por eso, en sus ojos vive ese círculo obscuro y esa expresión de ansia inabarcable... Pero ya tenía una idea. La misma ranciedad del medio serviría bien á este nuestro deseo de amar...



Más allá de la ciudad, pasado el puente, y á la misma orilla del río, existía un edificio en ruinas. Fué en otra época templo de los

LA MODA



—No comprendo cómo os gusta llevar tan metidos esos sombreros.

—¡Ah, sí, chico!... ¡Cuanto más adentro, mejor! Es cuestión de costumbre.

caballeros de una Orden militar. Es un verdadero tesoro arquitectónico, que está abandonado. El camino para ir á él le era también para llegar á no sé cuál ermita. Podía ser frecuentado por cualquier dama devota, sin producir sospecha. Pedí la llave del edificio, que me fué concedida en el acto.

A la hora convenida, apareció mi dama. Llegamos á la puerta del que fué templo, y

la abrí. Nos encontramos en un claustro con preciosos arcos de un purísimo estilo. Todo estaba muerto á nuestro alrededor. En el suelo nacía el verde, señor de las ruinas, en el que desaparecían nuestros pies. La humedad de vapor de agua del río rezumaba por paredones y columnas. Y allí, llenándolo todo, dando vida á aquel esqueleto, restos sin enterrar de otros tiempos y otra vida, estaba mi dama, toda temblante, bellísima en su desasosiego.

—¡Qué mal hago en venir!

—Al contrario. Con esta determinación, te has desencadenado de esta fuerza de las ruinas, de tu vieja ciudad. Mira todo qué triste: lo mismo que vuestras vidas. Es preciso que por encima de este musgo que nace en las grietas y en los parajes abandonados, broten las rosas. Tus ojos ya tienen fulgor de vida alegre, y tus mejillas se encienden, desterrando la palidez.

La tomé su mano, que ardía. Marchábamos sobre mullido, despacio, topando ahora con una columnata caída; más allá, con una arcada pronta á desmoronarse.

MIRAMIENTOS DE QUINTO



—Pues he caído con mala pata en la «Mili». No he hecho más que llegar, y me han cortado el pelo, y me han puesto el gorro. ¡

—¡Bah! Ya te crecerá.

—No, si lo del pelo es lo de menos...**¶**

Iba apaciguándose su temor. La voz ya tenía un timbre sereno y musical, y sus ideas fluían pausadas, solemnes, como el rayo del Sol que entra, todo alegre, en un bello palacio cerrado durante siglos á la luz. Y es que su alma, viviendo entre la tenebrosidad de unos prejuicios ancestrales, recibía ahora el el riego vivificador de las ideales de amor.

Penetramos en lo que fué iglesia. Los paredones y el techado se mantenían en pie. De los altares, sólo quedaba el hueco vacío; pero lo que fueron capillas-sepulcros aún conservaban sus cubiertas de piedra, sus esculturas yacentes ú orantes. Sólo lo que perpetuaba la muerte perduraba en aquel lugar de ruinas. Cuadrillas de gitanos, en tiempos en que aquel monumento había estado abierto al público, habían acampado allí, y de su paso quedaron las huellas de grandes fogatas, que ennegrecieron las paredes y ahumaron esculturas de valor.

La di un beso, y, después, mil. Su boca, al principio tímida, era entonces vehemente, arrolladora. . .



Coloqué á la amada sobre una losa funeraria, bajo cuya escultura yacente, de guerrero, dormía el sueño eterno no sé qué caballero principal. Los atorreliaves del templo, con sus ojos de piedra vacíos, me parecían que tenían una expresión atónita. Y allí, enhiesta ella, toda hecha de rosa, era como una aparición de la gentilidad: la diosa del Amor y de la Vida venciendo de las ruinas y de la Muerte.

Sobre el sepulcro donde dormían las cenizas de otros tiempos y otras generaciones floreció el amor en medio de una sonrisa larga, encantadora. . .

Al salir, el claustro tenía el mismo tono de tristeza y abandono; pero en sus ruinas había florecido un rosal. . .

ANACARSIS.



CANTARES BATURR'OS

Quisiera yo ser la acacia,
la acacia que está en tu puerta,
y que tú fueses el aire,
el aire que la menea.

Yo no sé cómo hay mocicas
que se casen con ancianos,
«pus» sabido es que lo viejo
se suele venir abajo.

LEIS SANZ FERRER.

ESCENA PREHISTÓRICA

(Traducción de «La Stampa»,
de Turin.)

VÉASE hasta dónde llega la impertinente curiosidad de las mujeres. Acabo de recibir una carta que, al pie de la letra, dice:

«Amigo mío: Usted, que como periodista todo lo sabe y lo averigua, ¿sería tan amable que tuviera la bondad de decirme de qué hablaban Adán y Eva en el Paraíso?»

Sigue la firma de mi oficiosa amiga, que omito porque no hace al caso. Ello es que si la pregunta es ingeniosa y peliaguda, la respuesta que debo dar es de tres bemoles.

Imaginad de qué podrían hablar dos seres inocentes que no tienen que evocar recuerdos de la niñez, ni les era dado entretener sus ocios comentando la política, ni discutir de Arte, de Filosofía, ni estaban molestados por acreedores á quienes perseguir... Una pareja tan dichosa, que, por no tener, ¡ni aun casero tenían que les abrumase con impertinencias de mala ley!

¡Si al menos hubieran podido hablar de Historia!

Pero ni aun eso. La historia de la Humanidad comenzaba en aquellos momentos en que Díos misericordioso colóó á la feliz pareja sobre la Tierra.

Otra dificultad, dificultad insuperable con que tropiezo, es que no ha llegado á mis manos ningún periódico de aquella época. Si no, saldría del paso con un recorte antediluviano que satisficiera la curiosidad de mi amiga.

Sin embargo, por cumplir con los deberes que impone la galantería, he reconstruído un diálogo aproximadamente verosímil de nuestros primeros padres, que en gloria estén.

Eva.—Adán, ¿qué tienes?

Adán (bruscamente).—¿Yo? ¡Nada!

Eva.—¿Nada! ¡Cielo santo! ¡Nada!

Y estás meditabundo, sombrío y tocándote el cogote con la mano.

Adán.—¿Dónde quieres que meta las manos si el traje que llevo no tiene bolsillos?

Eva.—Tu voz es áspera...; tu gesto desagradable; ¡y dices que no tienes nada!

Adán (tartamudeando).—Pues bien:

¡LLÁMAME Á LAS NUEVE!



—¡El caso es que ya no sé cómo despertarle! Es decir, como saber, si que lo sé; pero, á lo mejor, no le gusta...

~~~~~  
sí, te lo diré con franqueza: estoy muy incomodado contigo...

Eva.—¡Connmigo! ¡En qué he podido faltarte, esposo mío? Apenas salgo de casa; no voy á teatros, bailes ni paseos; no murmuro con las vecinas ni gasto un céntimo en sombreros ni en modistas. Dificilmente encontrarías en el Mundo una mujer más modesta y más económica que yo...

Adán.—Es verdad cuanto dices; pero... (en voz baja) he notado que hace mucho tiempo que no te mudas de hoja de parra...

Eva (regocijándose).—¿No es más que eso?

Adán.—¿Te parece poco? La mujer que no cuida de su aseo es...

Eva (interrumpiendo).—¡Adán de mi vida! ¡Esposo de mi corazón! ¡Nene querido! ¡Pichichi mío! Guardo una colección de hojas de parra en el cajón de la cómoda, que acabo de marcar con mi nombre y apellido. Míralas. Desde mañana, todos los días me mudaré de hoja. No quiero verte enfadado, querido esposo. ¡Si vieras cómo sufro cuando te incomodas! ¡Y qué cara de bruto pones, hijo!

(Pausa.)

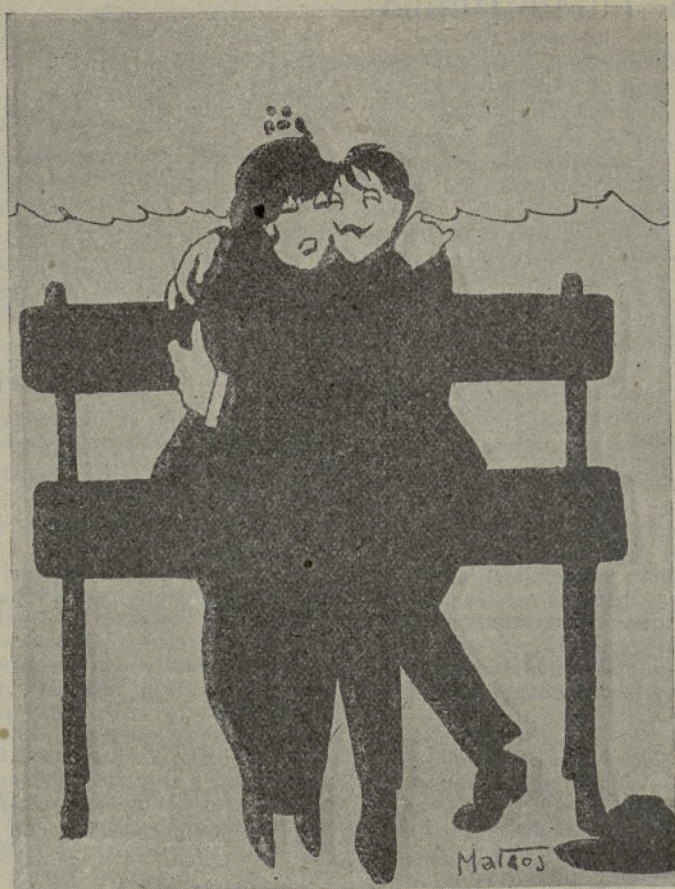
Adán.—No hablemos más del asunto. Hagamos las paces.

Eva.—¿De veras?

Adán.—En signo de paz, ¿qué quieres que te regale?

Eva.—¿Me comprarás lo que te diga?

## RECÍPROCAMENTE



—Ya que, como dicen en los «meetings», la Tabacalera y el Banco se aprovechan de nosotros, nosotros nos aprovechamos del banco...

Adán.—Mi deseo es el tuyo. ¿Qué prefieres?

Eva.—Te lo diré al oído para que nadie se entere.

Adán.—¿Dos! ¿Quieres dos?

Eva.—¿Hace tanto tiempo que lo ansío!...

Adán.—¿Y cómo los llamaremos?

Eva.—Caín y Abel.

Adán.—¡Bonitos nombres! Me agradan mucho.

Eva.—Ahora, vamos á comprarlos en seguida. ¡Vamos! ¡Vamos!

Adán.—Pero ¿dónde?

Eva.—En el huerto de los manzanos; en el árbol de la ciencia del bien y del mal. ¡Yo te enseñaré la entrada!

Adán. (sonriendo).—¡Ah! Las mujeres, cuando se trata de regalos, son terribles. Vamos donde quieras, Eva querida.

J. PÉREZ CARRASCO.



# DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

**LA CITA** Con la frente apoyada sobre los cristales de la ventana, Juan Store meditaba impaciente. Eran las cinco, y «ella» no venía. Estaba allí desde hacía veinte minutos, sumido en una cavilación febril de esperanzas y de deseo, y que luego, insensiblemente, fué convirtiéndose en una meditación vaga, incolora, sin contornos... que unas veces vagaba como un jirón de neblina, resbalando ó adhiriéndose á las resquebrajadas del muro frontero; otras, seguía á los individuos que atravesaban el patio, y entonces su corazón brincaba de contento, creyendo que siempre era «ella» quien llegaba; la veía surgir caminando de prisa, como si huyese, empujando el amplio volante de su falda negra, con sus pies menuditos: tac-tac...; y le parecía oír la llamar á la puerta quedamente, y luego estrecharla entre sus brazos y recibir sobre sus labios el nervioso contacto de los suyos, perfumados y tibios...

Las cinco campanadas de un reloj vecino (un reloj que atrasaba) aumentaron su fastidio. Se sentía invadido y atormentado por una emoción nueva, fría y lancinante. ¡Estaba celoso! ¡Oh! Aquella Marta, con su belleza infantil y sus ojos ingenuos y profundos, había revuelto el pacífico curso de su vida...

Antes, amparado por los bienes que heredó de su padre y que le aseguraban una posición decorosa, vivía consagrado al estudio, pasando las tardes de biblioteca en biblioteca, inclinado sobre los libros, allegando datos para una obra que tenía en preparación, y en la cual su noble vanidad de joven escritor había cifrado muchas esperanzas. Pero, ¡ah!, desde que conoció á Marta, su carácter y sus aficiones habían cambiado...

Juan Store dejó caer el transparente visillo de la ventana, y apartó los ojos del patio, perdido bajo las sombras silenciosas del crepúsculo. Las tinieblas invadían la habitación, borrando los contornos de los muebles; en la chime-

nea, los carbones encendidos palidecían bajo una leve capa de ceniza. La imagen de Marta reapareció con nuevo vigor en la inquieta imaginación de Store. Si Marta no acudía á la entrevista, ¿cómo habría él de componérselas para verla al día siguiente?... Aquella cita era la primera, la inolvidable...; y Juan Store pensó con angustia en que tal vez la joven no osase cumplir lo que prometió en un raptó de amorosa locura. Después, repentinamente, recobró todo su aplomo. Sí, Marta vendría; si no estaba ya allí era porque habría tenido la mala suerte de encontrarse en la calle con alguna amiga indiscreta. Y Store tomó asiento junto á la chimenea, esperando el campanillazo que había de sacarle de la meditación poblada de

## EL TOREO AL TRANSEUNTE



—A mí me han dicho que te llevaron á la «Comi» porque hiciste como que le echabas un capote á un guardia.

—No es cierto; pero, en todo caso, que lo hubiese guardado para el Invierno, que, entonces, les viene bien á los guardias.

voluptuosas visiones en que su espíritu iba abismándose poco á poco...

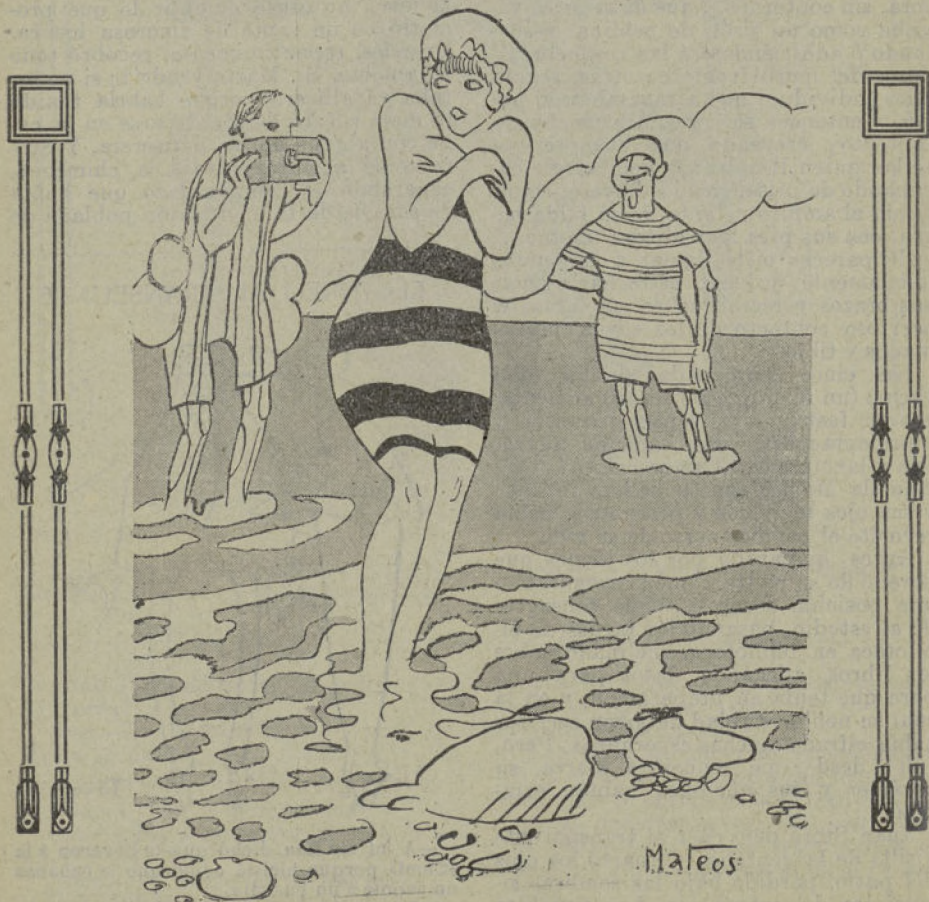


Entretanto, la señora Marta Sancy, acurrucada en el fondo de un coche, acudía á la cita de Store. Iba vestida de negro, imaginando que aquel color era el que más favorecía el suave esplendor de su carne pálida, y pensaba con vaga zozobra en los corchetes prendidos rápidamente y en aquellas cintas

anudadas de prisa, que la pasión no tardaría en desatar. Porque Marta no se reconocía capaz de resistir á la amorosa tentación, y aquella primera cita sería, seguramente, el delicioso patrón ó dechado en que habían de vaciarse todas las demás.

Entonces pensaba en su esposo, el barón Sancy. ¿Era ella, acaso, completamente responsable de lo que iba á suceder?... No. Sus padres, animados de los mejores propósitos, fueron los concertadores de aquel matrimonio. El ba-

### REFRACTARIA AL RETRATO



—No se mueva usted, señorita, ó la sorprenderé á usted de noche.  
—Pues, por la noche, me muevo mucho más.

ón era rico, y estaba muy bien relacionado. ¿Por qué Marta no había de ser feliz con él, á despecho de los quince años que los separaban?... ¿Qué importaba la diferencia de sentimientos y de ideas? ¿Acaso influyen estas minucias en los matrimonios burgueses del día? Lo primero es casarse; luego, conocerse; y Marta estaba segura de que, moralmente, ella y su marido estaban divorciados.

Fortalecida por aquella seguridad, el recuerdo de Juan Store se embellecía y entronizaba, y Marta se estremecía ante la visión de aquel retiro misterioso, señero y perfumado en que iba á ser feliz. Presa de febril impaciencia, sacó su reloj; eran las cinco. ¡Oh! Aquel maldito caballo, andando tan despacio, restaba minutos á su dicha.

Marta se había asomado á la ventana. De pronto, al revolver una esquina, tuvo la intuición instantánea y horrible de la muerte. Hubo un choque espantoso; un grito de horror que repitieron instantáneamente muchas gargantas, y, á través de la portezuela, que acababa de saltar en pedazos, aparecieron la barra de un coche y la cabeza de un caballo desbocado... Y Marta quedó muerta, aplastada sobre el asiento, con la cabeza deshecha bajo su sombrero de flores y los ojos vidriosos, agrandados por el terror.



Juan Store, en pie junto á la ventana, volvió á consultar su reloj. Eran las cinco y media; por lo visto, Marta ya no vendría.

—Aguardaré hasta las seis—pensó.

Y continuó esperando sin impaciencia, sin cólera, seguro de que Marta le amaba y de que al día siguiente iría á verle. Después se sentó delante de la chimenea, y bajo el torrente luminoso que irradiaba la lámpara suspendida en el comedio del gabinete, se puso á leer... Era una novela de costumbres mundanas, salpicada de reflexiones de un humorismo extraño.

«... Rara vez nuestros pensamientos y los de la mujer amada eaminan paralelamente. Las palabras, ó no llegan, ó van más allá del deseo: nunca dan en el hito.

»En cuanto dos amantes se separan, sus almas se divorcian inconscientemente, y no hay entre ellas fusión po-

sible... Cuando tú ríes, «ella» llora; mientras tú cantas, «ella» corre un pe-

### DEL VERANEO EN LA CORTE



—Bien ha hecho la Anastasia en salir de Madrid. ¡Aunque si aquí se ha librado de estos mosquitos y de mí, tal vez donde ha ido la piquen otros!

ligo de muerte, y acaso te llama en su auxilio...»



En el reloj del recibimiento dieron las seis; pasaron algunos minutos. De pronto, Juan Store se levantó, cerrando el libro bruscamente.

—¡Ea!—dijo—, vámonos. Hoy ya no vendrá.

PABLO Y VÍCTOR MARGUERITTE.



### Chascarrillos y epigramas

Decía un médico experto:  
«La muerte de don Ruperto  
fué ligera, «fulminante»;  
pues como se hallaba tuerto,  
«cerró el ojo» en un instante.»

LUIS ESTESO.

## DE LA VIDA



- ¿Verdad que parecemos hermanas?  
 —¿Por qué?  
 —Mujer, porque parecemos las tres hijas de Elena.

## Los caballos de doña Sol

VIERAIS cuán magnífico tronco de palatrenes, en el mismo corazón de la Alpujarrada nacidos, fué enviado á Su Excelencia...

Parece que fué notable regalo de sus agradecidos colonos, por el aquel de que un año que fué no nada bueno para las riquezas del campo perdonóles su señor todos los impuestos y arrendamientos.

Tanto gustaron los caballos á la señora duquesa, la hermosísima doña Sol de Villafrañca, que el duque se los cedió á su servicio.

Cuando la tal bajaba al «Prado» en el trono andante de su hermosura (que desta manera llamó al coche algún poeta afecto á la enrevesada escuela de don Luis de Góngora), más escolta traía que la reina de España.

Pocas veces acompañábase Su Excelencia, el cual, entretenido en su secretaría del Con-

sejo, no había lugar ni aun para solazarse un rato, al caer la tarde, acompañando á su esposa. Demás, que el pobre señor ya había años que por la cuesta de los achaques caminaba, y no estaba de humor para corbetas sobre carne joven.

Cuando hiciere hora de dejar el paseo, y aprovechando la confusión producida por la desbandada de los otros coches, desaparecía rápidamente el de doña Sol, y metiéndose por oscuras y estrechas callejas, iba á parar á la parte trasera de cierta casa señorial.

A aquella parte decíale la gente del barrio el «trinchante», porque diz que allí tenía el dueño de la señorial mansión el vertedero de su concupiscencia.

Llegada la dicha hora, no habían los briosos caballos menester de mano que los guiara, que ellos, de por sí, en viendo que la noche llegábase á todo andar, partían como demonios que iban á llevar el pecado, que es leña para el Infierno.

Aconteció que como la maldad y la envidia son plantas fecundas que dan fruto cada día del año, una tarde la señora duquesa, por amor de ciertos achaques naturales que solía acometerla cada principio de mes, determinó quedarse en casa, y, entonces, el duque aprovechó el coche para ir al Consejo, y, luego, fué al Prado.

Pasaba junto á San Fermín, cuando llegósele una tapada; y, sin decirle palabra, arrojóle un papel doblado; tomóle y desdoblóle Su Excelencia; y hallóse que decía:

«...Duque y señor mío: ¿Qué extraño parentesco es este, que consentís con el marqués de Liche que cada tarde le cedéis vuestra mujer? Porque os estimo y no os considero apto para estar representando justamente á los pies del evangelista San Lucas, os lo advierto. Si más queréis saber, puede que los briosos caballos del coche de doña Sol os lo acierten á decir...»

Echando venablos y formando cábalas quedó el usía; y, mientras, el coche, dando

vueltas por el prado de San Fermín, caminaba sin rumbo fijo.

Hízose en tanto de noche, y el cochero echó hacia casa.

No aveníase Su Excelencia á creer á aquella negra infamia caída sobre su honra, y, así, no se fijó en el derrotero que el coche seguía.

Paró, al fin, en seco, sin que el auriga hiziese movimiento alguno para detener á los caballos.

Íbase á apearse el duque, cuando advirtió que aquella no era su casa.

—Pues ¿cómo paraste aquí?—preguntó al cochero.

A que éste respondió:

—Los caballos fueron de por sí; que hasta aquí me trajeron, sin que yo, por más que hice, pudiera guiarlos hacia otra parte. Al fin, señor, ya se ve: la fuerza de la costumbre.

—Pues ¿quién vive en esta casa?—preguntó el viejo, más amarillo que la cera.

A que respondió el soberano del pescante:

—Su excelencia el marqués de Liche, señor. Además, yo no hice mucho por quitarles la razón, porque entendía que veníamos por la señora cuquesa...

DIEGO SAN JOSÉ.

## ≡ DE AYER ≡

CERCA de la histórica ciudad de Martos existía, ya hace varios años, un mesón llamado «La Venta del Arbol Muerto». Y en él mojaban sus secos gaznates los mozos de mulas, carreteros, gitanos y demás gente que por aquellos lugares traficaba, desdeñando el servicio de otros mesones que por allí en derredor había. Quiérese decir con esto que «La Venta del Arbol Muerto» era bien afamada por el excelente vino de sus bodegas y por la afabilidad y honradez de sus dueños.

Una noche, ya bien entrada, penetró en el mesón un caminante con traza de caballero principal y rico. Recomendó que se tratara bien al hermoso caballo sobre el que hacía su camino, y sonando á intento un bolsillo lleno de monedas, pidió que le sirvieran la cena luego. La ventera, mujer diligente y activa, sobre todo, á la vista de una buena ganancia, hizolo como se le pedía, y con tal prontitud, agrado y limpieza, que el caballero se lo reconoció en frases afectuosas, muy admirado y satis-

fecho de aquel servicio, no usual en las posadas.

Acabada la cena, como el caminante mostrara deseos de saber la causa de llamarse el mesón «La Venta del Arbol Muerto», tomó el ventero la palabra, y, después de enterrar en su estómago un buen chorro del añejo vino de Cazorla, habló de esta suerte:

—Pues el caso es, señor caballero, que el antiguo dueño del castillo que es aquí junto tenía una hija, de nombre Constanza, y de gentil disposición y brío. Constanza era la doncella más hermosa del Mundo, y os diré que nunca vieron mis ojos en persona que no fuese ella simpatía igual á la suya. Pero la grande hermosura de su rostro y unos amores desgraciados (que llevaban en sí la memoria, el entendimiento y la voluntad de Constanza) fueron el motivo de que ya no se alegrasen estos lugares, por la ausencia del fuego de sus ojos, que soles eran, señor. Enamorábala un gallardo mancebo de buena estatura y varonil rostro. Mucho debieron abandonarse en sus amores, porque el amante, á lo que después se supo, ciego de la luz del entendimiento, faltó de previsión y sobrado de deseos, arrebató á Constanza su mejor prenda. Quiero decir que la sedujo.

## LA AFICIÓN



TINO.

—Pues dile á ese maleta que yo entré cinco veces en corto y por derecho...

—¡Car! y! Pues si entraste cinco veces, no te quedaste tan corto; y las últimas veces no entrarías tan por derecho.

Hízolo secretamente en tanto pudieron estar ocultos aquellos amores; mas llegado un punto de conocerse afuera y enterarse, por tanto, el padre de Constanza, vióse obligado don Rodrigo (que así se llamaba el mancebo) a huir de estos lugares. Pero presentóse de improviso una noche oscurísima en esta posada. Y juro en mi ánima que aquel hombre traía en sus ojos las huellas del que pasa las noches de claro en claro; inútil era que se esforzase algo en apa-

### EL QUE LA SIGUE...



—¡Por Dios, hijital! Me has dado una carreta que estoy con la lengua fuera!

—Mira, chico: pues es fácil que nos entendamos.

recer sereno, porque negras sombras tornaban su rostro á seguida en oscuro y triste.

—Dame un jarro—me gritó—de ese vino puro que guardas en tu cueva; quiero deshacer un nudo que no deja al aire entrar en mi pecho.

Díjole que le serviría al instante; y así lo hizo. Después, no habló más; digo yo que se comunicó á solas con su dolencia y malaventura, pues no salieron palabras de su boca, si no es al irse, que dijo, sin mirar á nadie y como hablándose él mismo:

—¡Animo! Debe salvarla; no viva la cobardía conmigo. La esperanza es la vida. ¡Cuidado de mí, que nunca lo hubiese hecho!

Dicho lo cual, salió de la venta. Luego, en dos horas, nada; pero pasado el tiempo, ya en la media noche, se oyó un crito de persona, tan desagarrador y tan agudo, que nos heló el ánimo á mi mujer y á mí, que estábamos solos aquí fronteros á esa chimenea. Nos fuimos á acostar, sobrecogidos por tan desusado suceso, y tres días estuvimos preocupados á toda hora con lo que aquello pudiera ser; mas aún nos estaba reservado otro suceso de más extrañeza: y fué, señor, la muerte de Constanza, que aconteció á los cinco días. Murió, al decir de quien pudo observarlo, bajo el árbol grande, el de las hojas siempre verdes, nuevas y llenas de vida. Bajo aquel árbol se crió Constanza; allí tomaron calor sus amores, y allí aconteció su muerte desdichada. Algún tiempo después, un guardián del castillo me contó la causa de esta gran desventura, diciéndome:

—Con todo eso que ruegas, te haré saber cosas que, juntamente con darte disgusto, te admirarán. Tú sabes algo de lo que pasó; pero no lo más principal y culminante, que fué que mi señor don Diego tomó venganza de su hija, y una noche, cuando ya iba á dar á luz doña Constanza, se presentó don Rodrigo á mi señor, y le dijo que hiciese y dispusiese de él como le viniera en gana, porque estaba dispuesto á reparar su conducta casándose con su hija. Don Diego, por respuesta, sacó su espada y le atravesó el pecho, sin darle tiempo á defenderse; después, llamó á su hija, y le mostró el cuerpo ensangrentado de su amante, con lo que tomó venganza de ambos, porque doña Constanza murió de dolor á los cinco días.

Todo eso me dijo el servidor de don Diego; y ahora, señor, le haré notar lo milagroso del caso y lo que dió nombre á esta posada, y es que aquel árbol bajo el cual murió Constanza (el más lozano y hermoso de la alameda del castillo) no ha vuelto á mover sus ramas ni sus hojas. Yo digo que murió con ella. Y aquí termino. Esta es, señor caballero, la desdichada historia que deseabais saber.

Calló el ventero, y apuraron, silenciosos, el fondo del jarro. Con esto fuéronse todos á acostar, á tiempo que co-

menzaban, lentas y majestuosas, las doce campanadas de la media noche. Y en las melancolías de aquellos doce toques, quisieron percibir los moradores de la posada ecos lejanos de un grito de angustia. Instintivamente, acordáronse todos del mancebo de rostro varonil, y sintieron correr por sus venas una impresión de tristeza indefinible.

Después, quedó la venta en silencio, que sólo interrumpía la voz de la ventera:

—¡Pobres amantes! ¡Alabado sea Dios!

ABELARDO DELGADO.

## Responso á "Fornarina,"

Se ha ido Fornarina,  
se ha ido para siempre,  
y una infinita y honda  
tristeza nos envuelve.

En la flor de su edad,  
se la llevó la Muerte.  
Su juventud, su gracia  
y su belleza fuéronse.

Aquellas dos palomas  
blancas como la leche  
que a'eteaban bajo  
el corpiño celeste  
no temblarán de nuevo  
liricas y vivientes.  
Aquellas dos palomas  
bajo la tierra duermen.

Aquellas manos finas,  
armoniosas y tenues,  
que tenían de pájaros  
la ligereza alegre,  
no volverán de nuevo,  
rápidas, á moverse.  
Aquellas manos finas  
bajo la tierra duermen.

Aquellos ojos claros,  
de claridad perenne,  
ya no pondrán un beso  
de luz en nuestras frentes.  
Aquellos ojos claros  
fueron adormeciéndose,  
y se han quedado inmóviles  
y fríos para siempre.

Recemos, ¡oh, poetas  
hermanos!, en su muerte,

## EN LA PLAYA



—¿Qué le habrá hecho Julito á su prima en el baño, para que se vaya?

—Para que se vaya, nada. Todo al contrario.

la plegaria más dulce  
de todas nuestras pleges.  
La que nunca á los labios  
subió pura y solemne,  
la que en el corazón  
dormida estuvo siempre.

Por el hada fragante  
como un loto del Yemen,  
por sus trenzas, sus manos  
y sus ojos, que duermen;  
por su voz, que ya nunca  
volverá á esclarecerse,  
elevemos un verso  
musical y doliente.

SALVADOR VALVERDE.

Agentes exclusivos en Suramérica,  
MASIP Y COMPAÑIA  
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

**Viuda de José Lerín**  
encargada de la venta de LA HOJA DE  
PARRA en Madrid (**Abada, 22, tienda**),  
raparte toda clase de periódicos y revistas

ESTABLECIMIENTO  
TIPOGRÁFICO DE 'EL LIBERAL,,

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —  
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS  
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)  
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

# HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirá gratis por correo, reservadamente.

## ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUÉS

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por giro postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

## CUATRO LIBROS INTERESANTES

**Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.**

**Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).**

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada.*—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores librerías y corresponsales de España y América.*